



HISPANIA

REVISTA QUINCENAL

de Arte, Literatura, Viajes, Curiosidades y Vida contemporánea

Suscripción y venta: HERMENEGILDO MIRALLES: Bailén, 59.-BARCELONA

y en la librería de Don Antonio López, Rambla del Centro, Barcelona

HISPANIA en 1902

PARECE, en rigor, inútil que HISPANIA diga, antes de pisar los umbrales de 1902, cual va á ser el camino que ha de recorrer en aquel lapso de tiempo.

Y decimos inútil, porque los hechos pasados responden de la conducta futura. HISPANIA se propuso ser la Revista más artística — en el alto y noble sentido de la palabra — y detrás dejamos, como un reguero glorioso, nuestra colección que alcanzó en el último Certamen de París el voto de un jurado internacional con medalla de oro, y en España el favor de un público que no nos ha regateado su apoyo y sus simpatías.

Bastaría, pues, que afirmáramos que HISPANIA será en lo porvenir lo que hasta aquí ha sido, pero á tanto nos obligan las muestras de aprobación de nuestros lectores, que no nos parece bastante lo ya conseguido y queremos más todavía: queremos que HISPANIA sea en 1902 la Revista por excelencia, la más artística, amena, variada é interesante. Para llegar á este fin, HISPANIA ensanchará su horizonte con objeto de que dentro de él tengan cabida todos los aspectos de la vida moderna, todos los modos de ser de la sociedad contemporánea. Cuanto puedan registrar el lápiz y el pincel como medios materiales y artísticos, la pluma como expresión literaria y la fotografía como recurso para fijar la actualidad fugitiva, vendrá á las páginas de HISPANIA como á su lugar propio, para formar al terminar el año un anuario completo y espléndidamente presentado.

Esta amplitud de sus medios de acción en 1902, obligará á HISPANIA—sin dejar de responder á su título—á dirigir su mirada fuera de nuestras fronteras, á la América española que habla y siente como nosotros, y que, como nosotros también, tendrá en HISPANIA algo de su vida, de sus costumbres y de su raza.

Para lograr estos propósitos, que no son en HISPANIA sino una forma de la gratitud que debe á la gran masa de lectores que hasta aquí le ha seguido, continua contando con la cooperación de las mejores firmas literarias y artísticas en lo que pudiéramos llamar *alma* de la Revista, y con los procedimientos materiales más selectos en lo que toca al resto. No se nos motejará de alabanza propia si decimos que podrá hacerse *tanto* como nosotros hagamos, pero que no se llegará *una línea más allá* de adonde HISPANIA llegue, afirmación que no es una promesa, sino un simple recuerdo de lo que ya llevamos hecho.

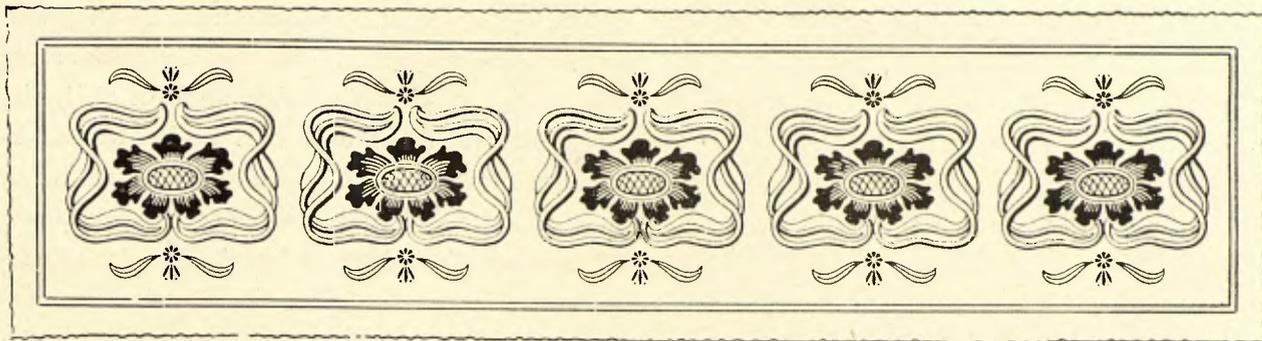
HISPANIA, en 1902, constará de **24 páginas** * * * * *

Con el objeto de simplificar nuestra administración y evitar molestias á nuestros suscriptores, conviene que, al suscribirse, abonen el importe de la suscripción anual, que asciende á **quince pesetas**.

Los abonados que hayan satisfecho por anticipado el precio de la suscripción, tendrán derecho á los siguientes

Regalos: Unas elegantes tapas para la encuadernación
24 tarjetas postales, una en cada número * *

Los corresponsales de la Península é islas adyacentes, al hacer suscripciones anuales, enviarán el importe líquido, deducida su comisión, á esta administración, y de aquí se les mandará un recibo formalizado para cada suscriptor. Se remitirán estrictamente los regalos correspondientes á los recibos que esta administración haya librado.



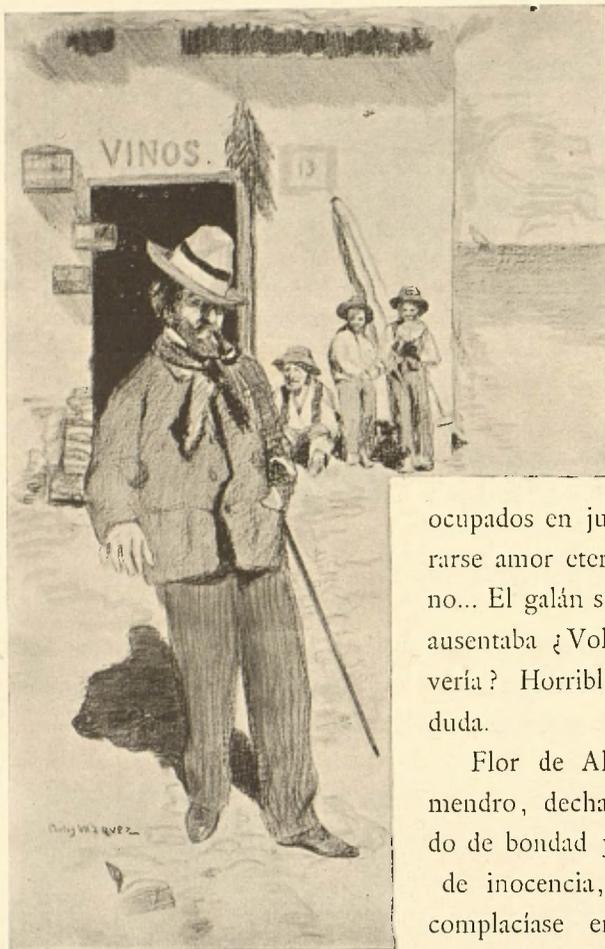
FLOR DE ALMENDRO

I

Estaba Flor de Almendro sentada tras de la reja, que orlaban rosas silvestres. Sobre los hombros caíale el cabello; tenía la boca entreabierta y suspirante, y aquellos sus ojos, de obscuro azul, miraban al cielo mansos y luminosos, con irisaciones de mar en calma. La una mano teclaba en los hierros, dejándose acariciar la otra entre las del galán, que con acento blando murmuraba palabras más dulces que miel hiblea.. Era la noche de primavera. Ruidos vagos, como de arpa lejana, turbaban apenas el silencioso encanto del paisaje. El cielo, muy limpio, adornado de infinitos astros, cuyo brillo, inquieto y fascinador como el vaivén del agua, convidaba al éxtasis. Tal le acontecía á Flor de Almendro que, arrullada por el canturreo del galán, parecía soñar con los propios ángeles, entontecida de puro enamorada. Y la charla antojábasele música divina, y el hablador Toño, caballero andante, de atrayente hermosura, que iba á desencantarla de aquel vivir humilde. En verdad que de tal forma derrochaba él elocuencia y amor, que bien hubieran podido envidiarle, si le escucharan, todos los amantes de la historia y de la novela. . . ¿ Cantaba la alondra ?...

Flor de Almendro, como Julieta, aseguraba que era el ruiseñor, que el alba estaba lejos, y que aún podría hablar luengo rato, aunque ella, refiriéndose á si misma, hubiera debido decir escuchar, porque de tal suerte le emborrachaba la palabrería del galan manido, que no acertaba á contestar, sonriendo adorablemente, agitado el airoso busto y encendida la faz... Ya parecían oírse los vagos ruidos más claros y potentes, semejjando á un bostezo de la naturaleza; las estrellas parpadeaban somnolientas, como cansadas de lucir, y el cielo se manchaba con un tinte amarillento. Pero los enamorados no se fijaban en estos detalles del amanecer, muy





ocupados en jurarse amor eterno... El galán se ausentaba ¿Volvería? Horrible duda.

Flor de Almendro, dechado de bondad y de inocencia, complacía en creer las protes-

tas de felicidad perdurable que el mozalbete hacía, consolándole del dolor de la separación la certidumbre risueña del regreso... ¿Cantaba el ruiseñor?

Cantaba la alondra. El cielo aparecía iluminado por un fulgor rojizo cuya intensidad aumentaba hacia Oriente hasta tener apariencia de resplandor de gigante hoguera. «Es la alondra, es la alondra», repetía Flor de Almendro como nunca agitada, cayéndole por las mejillas un llanto sereno, á manera de rocío, al par que el mancebo apuraba en afligido tono sus últimas lindezas, con besuqueo de manos, temblores y suspiros. Un rayo de sol iluminó el fresco ambiente... «El día», dijo el galán, y ambos quedaron mudos, aterrados ante aquella invasión de luz rutilante y deíca que ponía fin al amante deliquio... Flor de Almendro preguntó: «¿Te vas?» Toño no sabía qué responder... Sí... Partía... Sonó un beso.

La reja estaba sola, y la brisa de la mañana agitaba las rosas silvestres.

II

Flor de Almendro sentóse en la cumbre del acantilado, fijos los ojos en el mar, cuyo tranquilo oleaje batía la playa con levísimo rumor. Su cara estaba

pálida, rígida la boca, como contraída en un perenne gesto de amargura. Y sus manos, cruzadas sobre una rodilla, acababan de darle aspecto de visión dolorida. La tarde iba cayendo tibia y olorosa, prolongándose el crepúsculo en un último reflejo del sol en el agua. Cerca de Flor de Almendro se oyeron pasos. La doliente volvió el rostro. Era el buhonero que regresaba con su misión cumplida. Flor de Almendro nada le dijo; rompió á llorar quedamente, tan á punto de sufrir desmayo, que el buhonero la cogió por la cintura, ayudándola á descender por el tortuoso sendero abierto entre zarzas y peñas. Calmóse el llanto y Flor de Almendro preguntó con trágica seriedad:

—¿Qué?...

El buhonero hallóse perplejo para contestar, adivinándose en el torpe ademán y apurado gesto que la respuesta era larga, casi una narración, y con peliagudos y terribles episodios. Al fin la halló:

—Pues, mire... Me va á escuchar con calma, y me va á perdonar que lo cuente á torcidas, con la lengua que Dios me dió, y pidiéndome que aclare lo que por turbio lo haya menester.

Flor de Almendro asintió con un movimiento de cabeza, entreabriéndole la boca el anheloso respirar.

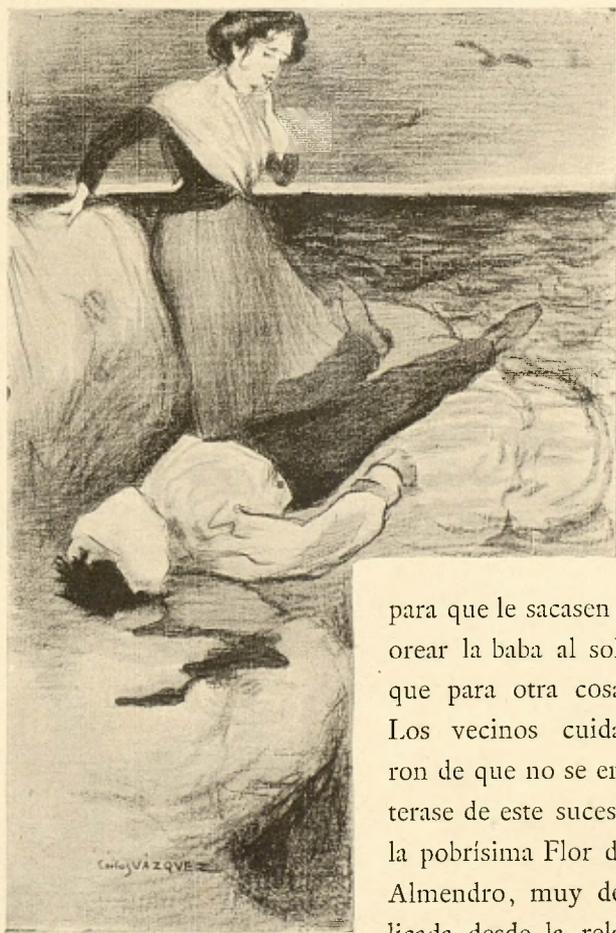
—El señorito se casó... ¡Ah! Verá... Antes de casarse dió en hacer unas estatuas maravillosas; porque según me han dicho, trabajaba en el mármol como usted en la seda. Y con la honra y el provecho que las tales estatuas le dieron, que no fué poco, pues de su nombre hacíanse lenguas en todos los países creados y con las migas de su mantel se hartaban muchos pobrecitos, topóse con una rica hembra, guapa como la Vitgen, muy gran señora, título ó yo no sé qué sonado y admirado. De la boda hablaron los papeles con letras de las gordas, y ellos se marcharon á regodearse anchamente á un pueblo del extranjero, que no sé como se llama, porque no hay cristiano que pueda aprender su nombre de memoria... Pero... ¡Por Dios, Florita, que el muy perro no se merece esos ahogos! (La niña suspiraba tan sin tregua, que no parecía sino que el corazón iba á salirse por la boca). Sepa que desde el punto y hora en que se unieron, empezaron los disgustos y las tracamundanas, pues á él le dió por emborracharse, insultar á la mujercita, y aún tal cual día maltratarla de obra como si tratara con un pollino. Las riquezas de ella, que tenía montes de pedrería, y las de él, más modestas, pero ¡ay! no despreciables, desaparecieron como por

encanto de brujas, y entre los malos tratos y las privaciones, murió achicharrada la rica-hembra, dejando en este valle de lágrimas un niño de poco más de un mes. El muy bestia siguió dándole gusto al diablo, y con las malditas glorias del vino se le fueron las memorias del trabajo, hasta tal extremo, que concluyó en hacer estatuas mismamente como si las hiciesen estas mis manos cachiporrudas. Y así fué perdiendo la estimación de las gentes, que huían de él como deapestado... Luego no se supo más de su persona... ¡Florita! ¡Florita!...

La zagala había caído sin sentido sobre la hierba.

III

Súpose en la aldea que el señorito Toño regresaba á ella en busca de la perdida salud, más apropósito



para que le sacasen á orear la baba al sol, que para otra cosa. Los vecinos cuidaron de que no se enterase de este suceso la pobrísima Flor de Almendro, muy delicada desde la rela-

ción del buhonero. El maltrecho galán instalóse con el niño cerca del mar, y durante tres ó cuatro días nadie lo vió por parte alguna. Pero pasados que fueron, hizo su primera visita á la taberna. Causó espanto. Tenía los ojos cenicientos, viscosos, asustados de la luz entre las húmedas pestañas; el rostro era informe, amoratado y contraído en un gesto de imbecil estupor, y andaba con paso incierto, temblándole

piernas y manos. Cuando se sentó, en torno suyo se hizo el vacío en medio de un rumor de odio. Toño no pareció notarlo y pidió vino. Desde aquel día viósele borracho, vacilante, canturreando cosazas de taberna á lo largo de la playa ó en lo alto de lo acantilado. Al niño no le sacaba nunca; no se sabía de él, ni cuando algún vecino pasó delante de la maldita casa, escuchó entre la voz ronca del padre, la infantil del hijo, el ruido de sus juegos ó el argenteo de sus risas. Así, no es extraño que rodasen por el pueblo leyendas espantosas respecto de la criatura, asegurándose ora que le había estrangulado y arrojado al mar, ora que lo tenía encerrado y á pan y agua, torturándole sin duelo.

Una tarde... El mar estaba rizado, rumoroso. Flor de Almendro paseaba por la playa, andando lentamente, caída la cabeza sobre el pecho, y aquellos sus ojos de obscuro azul, tenían una pálida fosforescencia de sol de invierno. Súbitamente, al alzar la cabeza, vió ante sí la figura de Toño, sin sombrero, rojo, voceando en plena borrachera. La niña se quedó inmóvil, llena de miedo y de piedad. De los ojos le caía sereno llanto. Toño se llegó á ella sonriendo maliciosamente, la cogió una mano é intentó besarla. Flor de Almendro se desasíó, huyendo de él, que corría con paso torpe diciendo brutalidades y amenazándola con la muerte si no se paraba y rendía. Al saltar una peña tropezó y cayóse, abriéndose en la cabeza enorme herida. Un alarido poderoso, de rabia y dolor, hizo detenerse á Flor de Almendro. El bruto, sereno repentinamente por un fenómeno fisiológico de su naturaleza, la llamaba con angustiosa voz. «Flor de Almendro... virgencita, oye... Me muero... Mira... vé á mi casa y recoge al niño. El no tiene la culpa de nada. Recójelo y quíerele mucho... como me querías á mí...» No pudo seguir. Hizo un esfuerzo para incorporarse y se desplomó, rebotando su cabeza en la roca viva. Flor de Almendro arrodillóse y rezó. Después acercóse al muerto y le besó en la frente con religiosa unción, cerrándole los ojos y cubriéndole la cara con su pañuelo. Al día siguiente le dieron sepultura. Flor de Almendro y el niño acompañaron al cadáver.

J. MENÉNDEZ AGUSTY



J. BORRI.—LA VÍSPERA DE LOS REYES

A UNA DESGRACIADA

(A RAFAELA)

¿ Pudiste concebir el pensamiento
de hacerme tuyo ? ¿ Cómo ? ¿ Enamorado ?
¿ Seducido quizás en un momento
por tus fáciles gracias ? ¿ Engañado ?
Has visto la verdad ; pero la has visto
á medias solamente.
Yo, contra todo mal, lucho y resisto
y al fin logro vencer honradamente.

Por tí, yo hubiera dado
quizás, en aquel día
en que ya me venciste subyugado,
gloria, poder, fortuna...
¡ cuánto hubiera tenido !
la dicha de mi hogar, mi nombre honrado...
¡ cuánto hubiera gozado
viéndolo por tu amor escarnecido !
Y hubiera dado más... ¡ la vida entera !
con tal de que me hubiera
concedido la suerte
tiempo y amor siquiera
para poder quererte,
sentirte mía y á placer mirarte,
y abrazarte, y besarte
hasta el momento mismo de la muerte.

Y es que á tí me llevaba
no tan solo el poder de tu atractivo
que mi existencia toda trastornaba,
ya con el goce que en dolor acaba,
ó ya con un dolor intenso y vivo
que á veces se trocaba en alegría
en cuanto la ilusión me prometía,
como nuevo incentivo,
tu fresca boca y tu mirar lascivo.
No tan solo el imán de tu hermosura,
cifra de perfecciones que comprende
gracias de la mujer y la paloma,
en esa tu bellísima figura
de la cual se dijera que trasciende
un encanto especial, como un aroma.
Era un afán inmenso
de cariño, de gloria y de placeres
lo que á tí me llevaba...
¡ aire de amor impetuoso, intenso,
impregnado de alientos de mujeres,
que hacia tí me arrastraba !
Y es que se vá mi juventud, y apenas,
apenas la he gozado ;
que entre zozobras y continuas penas
mi corazón palpita desmayado...
Y es que mi esfuerzo juvenil reclama
la parte de emoción y de cariño
que á su anhelo de vida corresponde,
que es ¡ ay ! como una voz que llama... y llama,
y á la que nadie escucha ni responde ;
que hay algo en mí que me acrimina, y clama
con el ardor de la impaciencia moza :

« ¡ No ; no has amado lo bastante !... ¡ Ama !
¡ No no has gozado lo bastante !... ¡ Goza ! »

Y ya véis tú si es triste
y es negro mi destino
quo para amar, para gozar, tú fuiste,
mujer sin corazón, la que saliste
á mi encuentro, en mitad de mi camino.
¡ Tú, que eres la traición torpe y rastrea,
con cuerpo de mujer encantadora !
Parece que es sincera
tu risa tentadora...
¡ y cuidado que es mala y embustera !
Parece que en tus ojos
irradia, tiembla, flota,
la hermosa luz de un alma ;
serenamente, como tiembla rota
la claridad radiante de la luna
en el espejo de la mar en calma
Y en tí todo es mentira, todo engaña :
la falsa candidez con que suspiras,
el fingido querer con que me engries,
la ilusión del cariño cuando miras,
la promesa del goce cuando ríes...
¡ Ay, si fueran verdades tus mentiras !

Bastó con que en silencio te acercaras
un instante á mi lado,
y con que en mí fijaras
esas pupilas transparentes, claras
y que rebosan luz que Dios te ha dado.
Te quise con locura.
Con locura después he maldecido
tu ipócrita ternura
y tu querer fingido.
Burlado por tus tretas he aprendido
á amar, y á aborrecer. Yo no sabía
ni que con tanto emreño se adoraba,
ni que con tanta hiel se aborrecía.

.....
Mi locura, mi nécio fanatismo,
mi criminal ceguera...
todo, todo pasó. ¡ Ya véis ! Yo mismo
no me doy la razón de que pudiera
haber estado al borde del abismo.
Tú volviste á tu vida licenciosa,
y yo á mi vida de trabajo, hermosa
porque es tranquila y buena.
El agua desbordada y cenagosa
tornó á su cauce y se volvió serena.
Tú volviste al torrente desatado
de vicios y pasiones...
Yo al sueño triste, y al dolor callado...
¡ Y aquí me tienes ya, sin ilusiones,
sin juventud, sin gloria... ! pero honrado !!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

VER Y CREER

(SANTO TOMÁS)

... Acabo de desembarcar.

Llego á tiempo, porque no son más que las diez de la mañana del día de Santo Tomás, y el suceso que me trae de tan lejos se verifica por la tarde.

Vengo de muy lejos, sí: de San Francisco de California nada menos. Ya saben ustedes en donde está San Francisco ¿verdad? Entrando en el Pacífico por el Cabo de Hornos, y subiendo á mano derecha. En fin, muy lejos.

Pero merecía la pena el viaje á juzgar por esto que me escribía mi amigo :

«Aunque hagas un sacrificio, no dejes de estar aquí este año por Santo Tomás para ver uno de los aspectos más curiosos de la vida *pschutt*, *bécarre*, *splendide* de la *highe life* barcelonesa: el paseo de coches del Parque durante la tarde de aquel día. No hay nada parecido á esto, amigo mío. »

Y he venido de tan lejos sólo por eso. Soy un ex-céntrico si ustedes quieren, pero ya estoy aquí y no es cosa de volverme sin ver tamaña maravilla.

No quiero morir sin contemplar el espectáculo.

No ocultaré á ustedes que durante el viaje he venido haciéndome esta pregunta:

— ¿Por qué mil diablos ese paseo de coches se verifica sólo y precisamente el día de Santo Tomás? ¿qué misteriosa relación hay entre el Santo y los coches?

Como durante mi larga navegación no he encontrado respuesta á mi pregunta, he dejado la solución para cuando me vea en el Parque. Porque indudablemente, algo debe de tener que ver el Santo en esto



Indudablemente, el autor de la *Summa Theológica* es

un santo elegante, aceptable en el ambiente de la *pschutt* barcelonesa, más que San Atenodoro, por ejemplo, aunque quizás no tanto como S. Expedito, por quien no ha mucho anduvo loca la *pschutt* madrileña.

Almorcemos...

¡Hermoso día! Aquella joroba que tiene el planeta debe de ser el famoso Montjuich... ¡Hola! mi respetable señor don Cristóbal Colón señalando con el dedo á un mundo perdido...

— Guardia... ¿Me hace usted el favor de decirme hacia donde cae el Parque?

— Siga usted en línea recta.

— Gracias. ¿Sabe usted si llegaré á tiempo para ver el nunca bastantemente ponderado paseo de coches del día de Santo Tomás?

— Sí, señor: no son más que las tres.

— ¡Loado sea Dios! Porque venir de San Francisco de California sólo por ver eso, y llegar tarde...

El guardia me mira con alguna desconfianza. Me alejo. Es posible que me haya retrasado un poco, pero no será mucho porque el paseo debe *battre son plein* en este momento. Sol espléndido que derrama luz bastante para que las mujeres se contemplen de coche á coche, y para que los jinetes caracoleen al estribo. Esta es la frase clásica. ¡Ole, y que buen gusto demuestra con ello la *haute gomme* de Barcelona! ¡Ah! He aquí el Parque. Entremos... Soberbia estatua. Veamos la guía... ¡Hola! Nada menos que don Juan Prim... Saludemos y adelante.

Hermosa avenida bordeada de arriates floridos. Por



aquí nan pasado carruajes. Debe de ser acceso al camino de coches. ¡Dios mío, si habré llegado tarde!

— ¡Guarda! ¿Me hace usted el favor de decirme por donde llegaré antes al paseo de coches? Ya sabe usted: el famoso paseo de coches, el clásico y refinado paseo de coches del día de Santo Tomás...

— ¡Ah, sí! Pues... este.

— ¿Este, qué?

— Que este es el paseo de coches.

— Bueno: entendámonos. Yo pregunto que cual es el paseo en que á estas horas está reunido el cogollo de la alta sociedad con sus trenes lujosos, sus trajes *dernier cri* sobre cuerpos de mujeres hermosas, sus...

El guarda me mira sin entenderme. Este guarda es un adoquín. Verdad es que si no lo fuera no sería guarda. Probemos otra vez...



— Decía á usted, apreciable señor de guarda, que estoy perdiendo un tiempo precioso, y que necesito saber inmediatamente cual es el *clásico* paseo de coches del día de...

— Sí, señor: del día de Santo Tomás. Pues, este.

— Pero ¡si aquí no hay nadie!

— No importa: ya vendrán.

— ¡Aaah!

Me alejo satisfecho. He llegado á tiempo, afortunadamente. ¡Hermoso sol, hermosa luz, tibio ambiente! No siento el viaje, porque dentro de cinco minutos dará gusto ver esto. Paseemos...

Las cuatro... Las cuatro y media... ¡Canastos, no se vé á nadie! El sol se pone, el ambiente refresca... ¡Las cinco! Es casi de noche y me estoy calando de humedad... ¡Barástolis, un coche, me parece que es un coche aquello que veo en la oscuridad...! Si, un coche es... y otro... y otro... y ciento más. Pero ¡es imposible que esto sea el *clásico* paseo! No se vé gota. Ese guarda se ha engañado, sin duda. Volvamos...

— Con perdón, guarda, pero me parece que esos coches que apenas se distinguen vuelven de alguna parte.



— No, señor [vienen ahora. Es la hora del paseo en este día del año.

— ¡Á las cinco y media y de noche cerrada!

El guarda me mira con cierta compasión, se encoje de hombros filosóficamente y deja caer sobre mi como una sentencia las siguientes palabras:

— Es la costumbre, caballero.

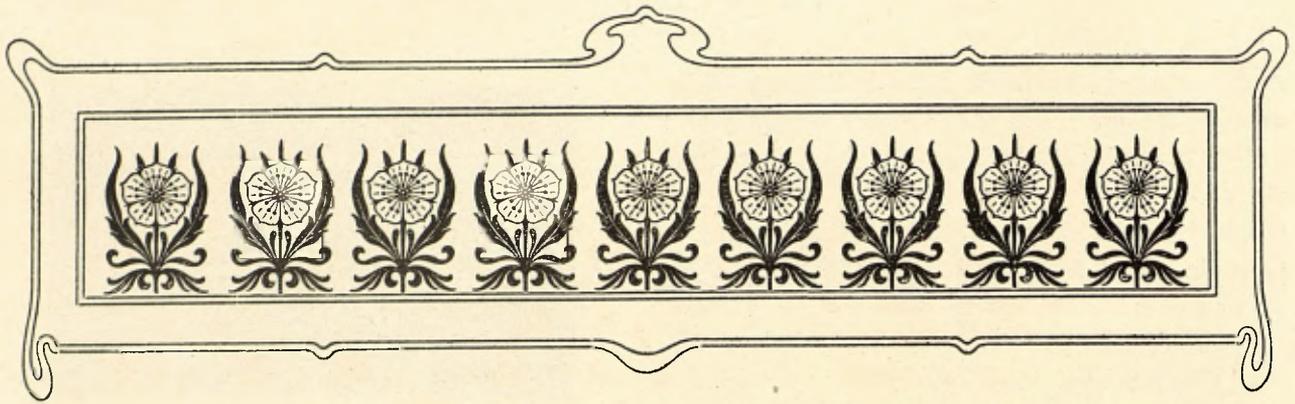
Y se aleja en actitud napoleónica.

Salgo del Parque á tientas y renegando del amigo que me ha obligado á hacer el viaje para ser testigo de la falta de sentido común de unas gentes que, teniendo clima dulce, luz brillante y lugar apropiado para ver y ser visto, acuden á este lugar cuando no pueden ser vistos, ni ver, ni bañarse en ambiente tibio. ¿Por qué? Porque ¡no es costumbre!

¡Oh, condición de rebaño que sigue por donde quiere llevarlo el carnero que va delante sonando la esquila!

FEDERICO URRECHA





ENTERRADO VIVO

Rodaba el tren de Barcelona á Port-Bou en aquella prudentísima veleidad peculiar á nuestros ferrocarriles, y procurábamos los cinco viajeros que íbamos instalados en el mismo compartimiento, matar el tiempo y el fastidio fumando pitillos, ojeando distraidamente los papeles públicos ó cambiando impresiones y soltando vaguedades sobre diversidad de temas.

Habíamos, sucesivamente, discurrendo acerca de la guerra de Cuba, la situación de los partidos políticos, los progresos de la cirugía moderna, los estragos de las últimas inundaciones, el *Falstaff* de Verdi, la inestabilidad de los acorazados; y un señor amarillento, flaco, nos refería con escrupulosa minuciosidad el *procesus* de una dispepsia que desde largo tiempo venía padeciendo, cuando otro señor, gordo este y rechoncho, entregado á la lectura de un periódico, exclamó de pronto:

—¡Dios mío, qué horror!

Volvimos todos las miradas hacia él con aire interrogativo.

—Un suceso espantoso, señores, verdaderamente espantoso; oigan ustedes.

Tratábase de un pobre hombre enterrado vivo. El diario explicaba con muchos detalles el terrible descubrimiento: al procederse á la traslación de un cadáver, en el cementerio de*** habíase encontrado el esqueleto en una posición que revelaba, con estremecedora elocuencia, la tragedia ocurrida entre las paredes del ataúd, un año y medio antes. El muerto guardaba todavía una actitud de desesperada lucha; tenía encogida una de las piernas y apoyada la planta del pié sobre un tablón, cual si se esforzara en hundirlo; de las manos, la derecha dibujaba el sobrehumano esfuerzo para romper la atroz prisión, mientras que las descarnadas mandíbulas seguían mordiendo los dedos de la mano izquierda, en horroroso gesto, que la muerte había, por fin, petrificado.

—En efecto...—opinó un viajero—no cabe concebir nada más espeluznante.

—A mí, con sólo pensarlo, me entran escalofríos...—declaró otro viajero: el de la dispepsia.

—Creo—dije por mi parte—que la imaginación humana no podría inventar un martirio más espantoso.

—¡Ah! no lo saben ustedes bien...—observó el quinto viajero, un señor regordete, de plácida fisonomía.

—¡Hombre!... claro que eso no puede saberlo bien más que el que se ha encontrado en tal trance—repuso el lector de la noticia;—pero, como afortunadamente, nadie de los que aquí estamos se vió en apuros semejantes, no podemos hacer más que suposiciones.

—Suposiciones que no pueden dar ni una ligera idea de la realidad: créalo usted.

—Claro que lo creo; pero me parece que usted estará tan poco enterado de esa realidad como yo.

—Se equivoca usted. Si alguien puede hablar de esta materia con perfecto conocimiento de causa, es un servidor de ustedes.

Y como todos miráramos con cierta sorpresa al señor regordete, prosiguió éste, tras un momento de silencio:

—Pues sí, señores, ni más ni menos, porque ahí donde ustedes me ven, he pasado por el lance en cuestión: *á mí me enterraron una vez en vida.*

Quedamos todos tan asombrados, que en el primer instante no se nos ocurrió siquiera que nuestro compañero de viaje podía tomarnos el pelo. Pero todos hicimos un gesto de asentimiento, cuando el caballero dispéptico pronunció con grave entonación estas palabras:

—Señor mío: á mí me gustan las chanzas, y hasta admito la guasa; pero siempre y cuando sea de buen género. La de usted... la verdad sea dicha, me parece de un gusto dudoso.

—Señores—replicó con vivacidad el viajero:—sepan ustedes que yo no me guaseo nunca. Me llamo Tadeo Villapuya, ejerzo la profesión de notario en Castrolinaje, población de la provincia de Orense, he venido á Cataluña para ciertos asuntos de mi ministerio y tengo la reputación de ser hombre muy serio y muy formal. Además no me permitiría nunca embromar estúpidamente á personas decentes como son ustedes. Lo que hace un momento les dije, podrá parecerles extraño, inverosímil, hasta imposible, pero no es guasa: es verdad pura.

—Caballero... usted me dispensará—balbuceó el de la dispepsia.—Yo no tuve intención de molestar...

—Señor don Tadeo—interrumpí yo sin estar bien convencido de la formalidad del notario, pero pensando que podríamos oír un relato interesante:—¿quiere usted explicarnos *eso*?

—No tengo inconveniente. Así se convencerán ustedes de que no soy ningún embustero, ni ningún guasón de mal género.

Y después de recapacitar un minuto, cruzó sobre el proeminente abdomen las manos blancas y rollizas, carraspeó y habló de esta manera:

—Allá, á principios del año 1873, experimenté los primeros síntomas de una dolencia extraña, síntomas que fueron aumentando en intensidad, y me movieron á consultar á un médico. No supo éste, probablemente, cómo explicárselo ni cómo explicármelo, y acudió al socorrido medio de achacar toda la culpa

al sistema nervioso. Me recetó no recuerdo qué, pasaron algunas semanas, aumentó mi malestar, y una noche, en el momento de sentarme á la mesa, sentí en todo mi organismo un algo indefinible. Caí desplomado—según me contaron después—en el suelo y no tuve percepción ninguna de mi estado, hasta pasado algún tiempo, al encontrarme, mejor dicho, al sentirme tendido en mi cama, inmóvil, como un cuerpo privado, por inexplicable fuerza, de toda energía física.

Durante los primeros momentos de aquel extraño despertar, no tuve conciencia alguna de mi situación. Me es todavía imposible definir cómo y de qué manera pudo mi cerebro, aclarándose poco á poco, recobrar la cognoscencia de lo que pasaba en mí y en torno de mí. Gradualmente fué el pensamiento adquiriendo el concepto y la persuasión de un fenómeno extravagante, estremecedor. Mi *yo* físico estaba *casi* muerto, y digo *casi*, porque si bien no experimentaba ya sensaciones, ni sentía siquiera latir el corazón, pareciéndome que había dentro de mi pecho un vacío, en cambio oía perfectamente y hasta habría visto, á no tener los párpados cerrados. Una vaga claridad rojiza, filtrando á través los endebles tegumentos, indicábame que no lejos de mí, en el mismo cuarto, ardían luces; como ciertos confusos rumores, hiriéndome mis oídos, hablábanme de la vida que se agitaba en derredor.

Luego, á medida que se disipaban las espesas ti-



J. SOROLLA.—CABEZA DE ESTUDIO



nieblas de mi cerebro, fué entrándome la sospecha, pronto convertida en horrible certeza, de ser víctima de una de esas, todavía misteriosas causas, que producen la muerte aparente y llevan á un sér vivo al fondo de una tumba, sin que le sea posible hacer un gesto, exhalar un grito ni un quejido. Un terror inmenso inundó mi alma: quiso mi voluntad romper los lazos que sujetaban mi cuerpo, sacudir la parálisis que mantenían inertes mis miembros... ¿Por qué no se han de mover, decíame, mis brazos y mis piernas?... ¿por qué no se han de abrir mis ojos, puesto que así lo quiero, y por qué no ha de brotar de mis labios el alarido libertador que desvanecería el espantoso misterio?... Pero en vano hacía un esfuerzo moral sobrehumano: *la bestia*, sumida en su estúpida inercia, negábase á obedecer, y mis párpados continuaron caídos, mi boca cerrada, mis manos cruzadas sobre el pecho.

No sé cuántas horas permanecí en esta situación. Por rarísimo fenómeno, en medio de la inmovilidad cadavérica que me sujetaba, iban afinándose no sólo mis percepciones psicológicas, si que también algunas de mis percepciones físicas. La claridad rojiza que hería mi retina á través de los párpados, parecía aumentar; á mis oídos llegaba el leve susurro producido por el chisporroteo de los blandones ardiendo junto el catafalco, y á mis narices el olor de la cera quemada, y con rabiosa ira interna pensaba: si siento, si veo, si oigo, si huelo, ¿por qué, Señor, no he de poder moverme? ¿por qué no puedo gritar? Y para que mi horrible suplicio fuese todavía mayor, ocurrió

entonces un episodio atroz. Oí de pronto la voz de mi esposa, su acento desgarrador llamándome... su llanto convulsivo... Creo hasta haber sentido sobre mis mejillas marmóreas el contacto de sus labios húmedos, la quemazón de las lágrimas, cayendo en copioso rocío. Luego oí también otras voces: las de mis parientes interviniendo, apartando á mi mujer, á mi viuda, del afectivo espectáculo. Después se alejó el clamoreo; durante unos segundos seguí escuchando, debilitados ya, los gritos y los gemidos; en medio del silencio que invadió mi cámara mortuoria, distinguí un murmullo vago, confuso, como de gentes que invadieran las demás habitaciones de la casa. A ese murmullo se mezcló de súbito el de una salmodia lúgubre que subía desde la calle por los balcones abiertos. « ¡Ahí están los curas!... ¡ya vienen á buscar! » rugió mi pensamiento con alveado terror. Y cuando mi voluntad intentaba un postrero á impotente esfuerzo, un golpe seco retumbó á mis oídos: la tapa del ataúd acababa de caer, dejándome definitivamente separado del resto del mundo.

¿Definitivamente?... Quizás no, pensé asiéndome á la última esperanza de salvación, por problemática que fuera. En el cementerio, antes de meterte en el panteón, abrirán de nuevo el ataúd, para enviarte la última mirada, el último adiós... ¡Quién sabe! tal vez en aquel momento supremo se apiade Dios de tí; tal vez un resto de vida, asomando en tu rostro, en tus manos, en tus labios, revelará á esos insensatos el terrible secreto, y volverás á la existencia, volverás á la luz del día, volverás á ocupar tu puesto entre los hombres... ¡Oh, Virgen Santa, ten compasión de mí!

No me explico todavía cómo pudo resistir mi mente al indecible martirio con que luchaba; cómo con-

servó, en medio del más horrendo pavor que pueda experimentar humana criatura, la claridad de juicio con que iba analizando mi situación. Luego que se hubo cerrado sobre mí la tapa del féretro, adiviné que me levantaban, que iban á trasladarme... «Estás en la escalera de tu casa» — me dije. — Y á poco me pareció oír, al través de las maderas del ataúd, el rumor apagado de la calle. «Ahora se ponen en marcha—seguí diciéndome,—se dirigen á la iglesia: dentro de cinco minutos estarán... estarás tú en ella. Ahora están rezando los responsos... En este momento, el Padre Velasco sacude el hisopo y rocía la caja mortuoria. Ahora te levantan de nuevo, te colocan otra vez en el coche y vuelven á andar. Ahora cruzas la Plaza Mayor, para embocar la calle de San Cristóbal y salir enseguida por la Plaza de San Gil y luego por la Alameda...» Y al pensar que al último de la Alameda, se extendía en línea recta el camino del Cementerio y que en diez minutos estaríamos junto á la reja de hierro rematada por la cruz, sentí el delirio apoderarse de mi cerebro. Dejé de pensar, dejé de discurrir, perdí toda conciencia de mi estado...

Cuando recobré el uso de mi inteligencia, la misma impenetrable obscuridad me envolvía, y el más absoluto silencio — ¡silencio de muerte! — reinaba en torno de mi estrecha y espantosa cárcel. En un momento recordé todas las fases del drama que la ima-

ginación había evocado y adquirí la certeza de que todo había concluído, de que me encontraba definitivamente sepultado. Ya no quedaba esperanza ninguna, y el verdadero y horripilante suplicio, el suplicio del hombre enterrado en vida, iba á empezar... Sentí un sudor helado bañar mi frente y pude en aquel instante arrojar un alarido ronco, en tanto que mis manos, recobrando de súbito el movimiento, chocaban furiosas contra las tablas del ataúd.»

Acababa de pronunciar el notario estas palabras, mientras que nosotros seguíamos escuchándole, suspensos, palpitantes de emoción, cuando el tren volvió á detenerse delante de una de las innumerables estaciones de su itinerario.

— *Perelada... un minuto...* — cantó la voz de un empleado sobre el andén.

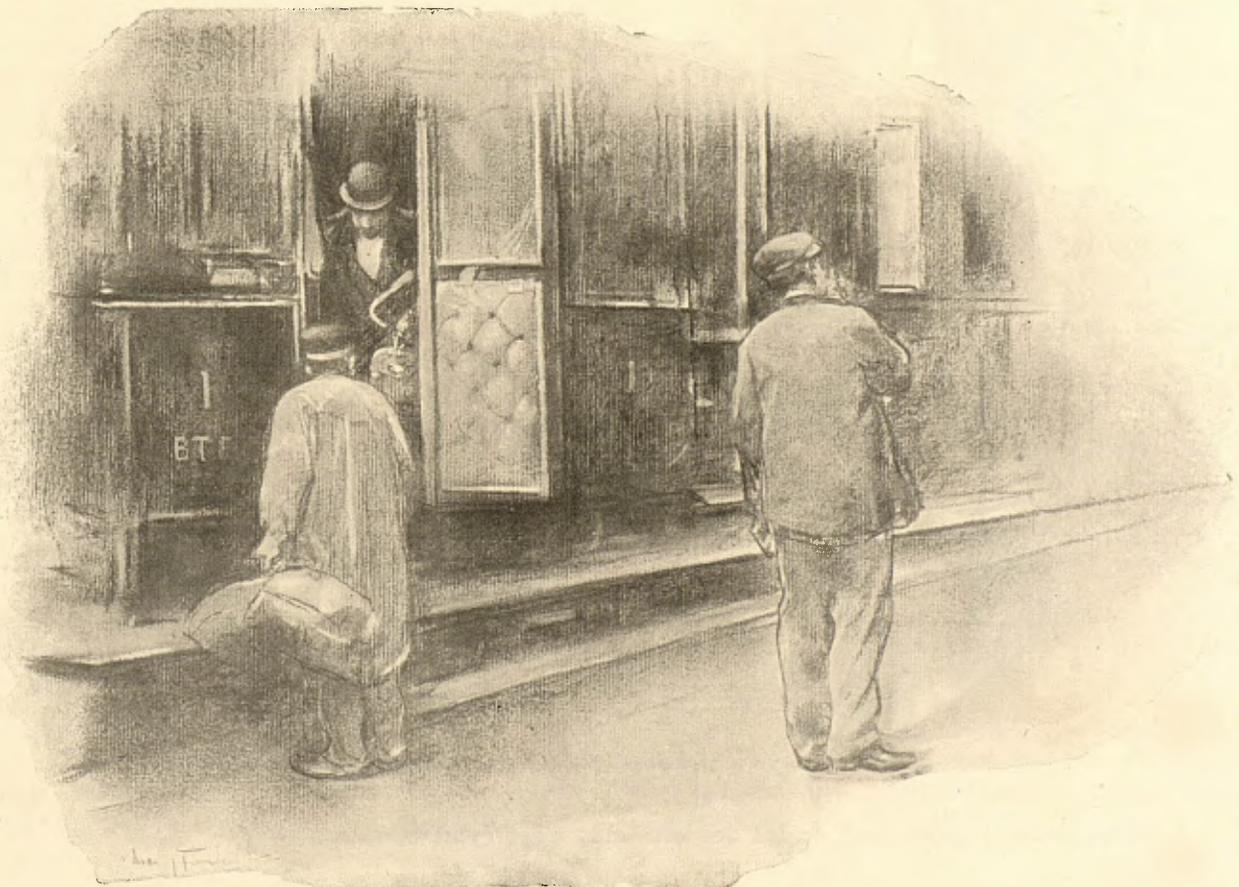
— ¡Cómo!... ¿qué estación ha dicho? — preguntó inquieto Don Tadeo.

— *Perelada...*

— ¡Ah!... pues yo bajo aquí... Buen viaje, señores, y buenas tardes.

Y echando mano de su maletín y de su paraguas, abrió la portezuela y se alejó, en tanto que la locomotora pitaba, poníase el tren otra vez en marcha y nos mirábamos los cuatro viajeros con ojos entristecidos.

JUAN BUSCÓN



DE VIEJA RAZA



Vaya usted á saber cual de los dos está más « apergaminado »...

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

MENESTER es que te vuelvas: aún estás á tiempo. Tu destino, héroe valeroso, es morir en el Huneland. Los que van contigo llevan la muerte en la mano.»

Entonces respondió Hagen: «Me engañáis sin motivo. ¿Cómo puede ser que en la fiesta muramos tantos por la enemistad de una sola persona?» Dieron más claramente al héroe sus noticias.

Le dijo una de ellas: «Así lo has de ver; ninguno de vosotros podrá librarse, excepto el capellán del rey; esto lo sabemos positivamente. Solo él volverá sano y salvo al país del rey Gunter.»

Con furiosa cólera le respondió el fuerte Hagen: «Difícil me será hacer saber á mi señor que debemos perder vida y cuerpo entre los Hunos. Ahora, la más sabia de las mujeres, dinos un medio para atravesar el río.»

Le contestó: «Por cuanto no quieres renunciar á esa expedición, allá, á la parte arriba de las aguas, hay una cabaña. Allí hallarás un barquero y no en ninguna otra parte.» Él creyó en la respuesta que daba á su pregunta.

La otra dijo también al impaciente guerrero: «Esperad un momento, señor Hagen: vais muy deprisa; escucha de qué manera llegarás mejor á la otra orilla. El señor de esta Marca se llama Else.»

«Su hermano tiene por nombre Gelfrat el héroe, un señor del Baierland; encontraréis obstáculos para atravesar su Marca; menester es que seáis prudentes y tengáis cuidado con el barquero.»

«Tiene tan furiosos instintos, que no lo pasaréis bien si no sois espléndidos con ese héroe; dadle buena recompensa. Él guarda este país y es muy fiel á Gelfrat.»

«Aunque no venga á tiempo, llámalo á la orilla y dile que te llamas Amelrico; así se llamaba un buen héroe que por enemistades abandonó este país. Inmediatamente que oiga este nombre se acercará á la orilla.»

El altivo Hagen dió las gracias á las sabias mujeres por sus consejos y enseñanzas; no añadió ni una palabra. Siguió el camino hacia lo alto de la corriente hasta que vió el alojamiento en la otra orilla.

El héroe comenzó á gritar: «Ven hacia mí, barquero,» dijo el buen héroe: «yo te daré en pago un brazaletes de oro rojo; pues es menester sepas que me es muy necesario pasar.»

No le convenía obedecer al rico barquero; casi nunca aceptaba cualquier pago, y los que le servían tenían también grandes pretensiones. Así, pues, Hagen permanecía en la orilla del río.

Gritó con tanta fuerza, que todos los ecos resonaron; pues el poder del fuerte héroe era muy grande: «Ven por mí, Amelrico: soy uno de los hombres de Else que abandonó este país por un gran disgusto.»

Enseñó en la punta de la espada un hermoso y brillante brazaletes de oro rojo, para que lo pasara al país de Gelfrat. El altivo barquero cogió el remo en sus manos.

Tenía muy malos instintos el batelero; el deseo de una gran recompensa le produjo un fin desgraciado. Quiso ganar el oro rojo de Hagen y sufrió una muerte horrible por mano del héroe.

El barquero remó con fuerza hasta la otra orilla. Al escuchar nombrar á uno que no hallaba y ver Hagen, se enfureció, y con terrible cólera le dijo al héroe:

«Puede ser que os llaméis Amelrico, pero no os parecéis en nada al que yo solía ver, el cual es hermano mío de padre y madre: por cuanto me habéis engañado, os quedaréis ahí.»

«¡No por el poderoso Dios!» respondió Hagen. «Yo soy un guerrero extranjero, y además hay muchos héroes encomendados á mi cuidado; aceptad mi recompensa.»

El barquero le contestó: «Eso no puede ser de ningún modo; tienen muchos enemigos mis queridos señores, por lo cual no paso al país á ningún extranjero. Si la vida os es cara, saltad á tierra.»

«No obréis así», respondió Hagen; «mi alma está apesadumbrada. Aceptad mi recompensa, este oro puro, y pasad á la otra orilla mil caballos y otros tantos hombres.» El furioso barquero le dijo: «Eso no lo haré nunca.»

Levantó un fuerte remo, grande y pesado, y lo descargó sobre Hagen, quien sufrió un dolor tan grande que cayó de rodillas en la barca. Jamás el de Troneja había encontrado un batelero tan terrible.

Redobló su fuerza contra el extranjero; descargó con el remo tan fuerte golpe sobre la cabeza de Hagen, que saltó hecha astillas; era un hombre muy fuerte; pero tenía que sucederle una gran desgracia al barquero de Else.

Con furiosa fuerza Hagen llevó la mano á la empuñadura de la espada y dió al aire su bruñida hoja; con ella le dió en la cabeza y lo tiró por tierra. Los Borgoñones supieron bien pronto la noticia.

En el momento en que hirió al batelero, la barca fué arrastrada por la corriente; esto le disgustó mucho: sentía fatiga antes de comenzar á remar, pues había empleado todas sus fuerzas el compañero del rey Gunter.

Remaba con golpes tan seguidos, que los fuertes remos se rompieron en sus manos. Quería llegar hasta los guerreros que se encontraban en la orilla, pero no tenía otro reino; amarró los pedazos con una correa del escudo, é hizo un lazo estrecho. Bajando la corriente condujo la barca hacia un sitio donde en la orilla encontró á su señor: muchos valerosos héroes salieron á su encuentro.

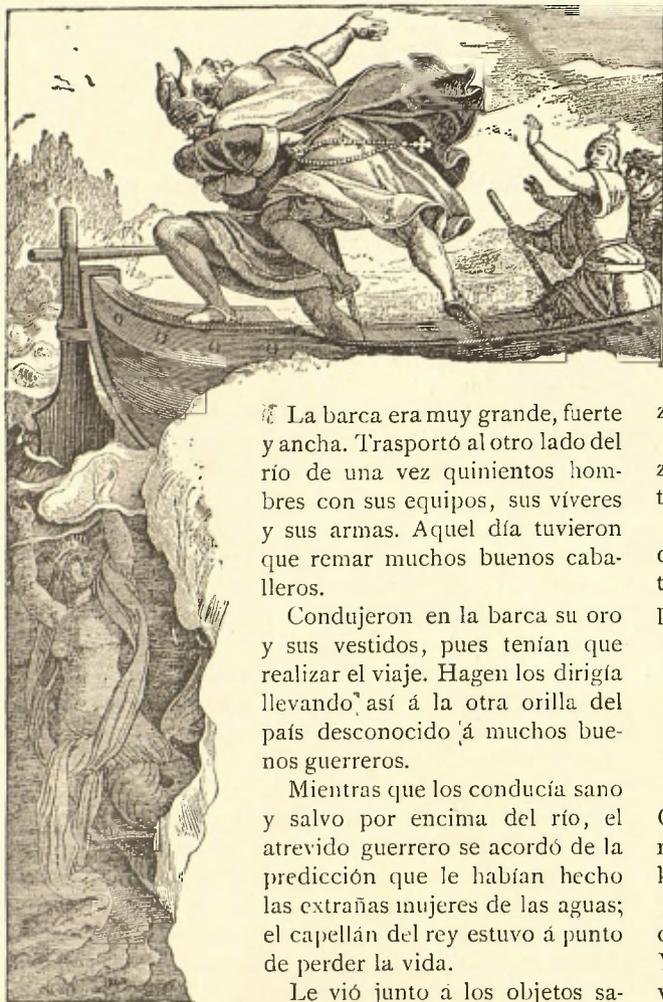
Como el rey Gunter viera correr la sangre por la barca, la sangre aun caliente, le preguntó: «Decidnos, señor Hagen: ¿qué le ha pasado al barquero? Vuestra terrible fuerza le habrá quitado la vida.»

Él le respondió con engaño: «He encontrado la barca amarrada á un sauce y mi mano la ha desatado. No he visto allí ningún barquero y por causa mía nadie ha sufrido daño.»

Así dijo Gernot, el rey de Borgoña: «Tendré que llorar la muerte de muchos queridos amigos, porque no tenemos bateleros que nos pasen al otro lado: por esto siento grandes cuidados.»

Hagen gritó: «Vosotros, sirvientes, dejad en el suelo las cargas; yo era, sin alabarme, el mejor barquero que se podía encontrar en las orillas del Rhin: os pasaré al país de Gelfrat, estoy seguro.»

Para llegar mas pronto á la otra orilla, pegaron á sus caballos; estos nadaron tan bien, que la corriente no se tragó ni á uno solo. Algunos fueron arrastrados á causa de la fatiga.



La barca era muy grande, fuerte y ancha. Transportó al otro lado del río de una vez quinientos hombres con sus equipos, sus víveres y sus armas. Aquel día tuvieron que remar muchos buenos caballeros.

Condujeron en la barca su oro y sus vestidos, pues tenían que realizar el viaje. Hagen los dirigía llevando así á la otra orilla del país desconocido á muchos buenos guerreros.

Mientras que los conducía sano y salvo por encima del río, el atrevido guerrero se acordó de la predicción que le habían hecho las extrañas mujeres de las aguas; el capellán del rey estuvo á punto de perder la vida.

Le vió junto á los objetos sa-

gradados con la mano apoyada en las reliquias: y cuando Hagen lo miró, el desgraciado sacerdote debió sentir inquietud.

Lo atacó bruscamente arrojándolo de la barca. Muchos le gritaron: « ¡Deteneos, Hagen, deteneos! » El joven Geiselher se sintió irritado, pero él no atendía á nada que no fuera la realización de su proyecto.

Así dijo Gernot, el rey de Borgoña: « ¿Qué conseguís, señor Hagen, con la muerte del capellán? Si otro lo hubiera hecho hubierais sentido pesar. ¿Por qué razón le habéis cobrado odio á ese sacerdote? »

El sacerdote nadaba con fuerza: se hubiera salvado si le ayudara alguien, pero no pudo ser así; porque el fuerte Hagen, llevado de su cólera, lo empujó hasta el fondo del agua; esto no pareció bien á nadie.

El pobre sacerdote, no esperando ningún socorro, nadó hacia la otra orilla; su angustia era grande. Cuando no pudo más le ayudó la mano de Dios y llegó á la arena con vida.

El desgraciado sacerdote se puso de pié y sacudió sus vestidos. Por esto conoció Hagen que tenía que cumplirse la predicción hecha por las extrañas mujeres de las aguas. Él pensó: « Estos héroes perderán vida y cuerpo. »

Cuando descargaron la barca y sacaron lo que habían llevado los reyes y sus caballeros, Hagen la rompió en pedazos y los arrojó al río: grande fué la estrañeza de los caballeros nobles y buenos.

« Hermano, ¿por qué haces eso? » le preguntó Dankwart. « ¿Cómo pasaremos cuando volvamos del país de los Hunos dirigiéndonos al Rhin? » Hagen le dijo luégo que no darían la vuelta.

El héroe de Troneja le dijo: « Lo hago porque temo que

haya entre nosotros un cobarde que quiera volverse de este país llevado de su pequeñez de corazón: éste hallaría en el río una vergonzosa muerte. »

Cuando el capellán del rey vió que rompía la barca, le dijo á Hagen desde la otra orilla: « Asesino sin fé ¿qué te he hecho yo, desgraciado sacerdote, para que me quieras ahogar? »

Hagen le respondió en seguida: « Déjate de esas palabras; yo siento por mi fé que hoy te hayas escapado de mis manos; no lo digo en broma. » El pobre sacerdote le respondió: « Por ello doy gracias á Dios. »

« Yo te temo muy poco, puedes estar seguro: sigue tu camino hacia los Hunos, yo me vuelvo al Rhin. Dios quiera que nunca volváis, os lo deseo de corazón, pues casi me habéis quitado la vida. »

Llevaban entre ellos un héroe Borgoñon de gran fuerza; se llamaba Volker: sus palabras eran siempre elocuentes y todo lo que hacía Hagen merecía su aprobación.

Sus caballos estaban preparados y las bestias de carga dispuestas; durante el viaje no habían tenido más disgusto que el del capellán del rey: éste tuvo que volverse á pié al Rhin.

XXVI

DE COMO DANKWART MATÓ Á GELFRAT

Cuando todos hubieron llegado á la otra orilla, el rey Gunter preguntó: « ¿Quién nos enseñará en este país el recto camino para que no nos perdamos? » El fuerte Volker le respondió: « Déjame á mí ese cuidado. »

« Ahora tened cuidado, dijo Hagen, caballeros y escuderos: no separarse de los amigos, esto me parece bueno. Yo voy á haceros conocer una triste noticia; de los que vamos aquí, ninguno volverá al país de Borgoña.

« Me han dicho dos mujeres de las aguas esta mañana temprano, que ninguno volvería. Esto es lo que os aconsejo: armáos, héroes, y estad con mucho cuidado: aquí tenemos fuertes enemigos, y es menester avanzar á la defensiva.

« Esperaba probar la mentira de las extrañas mujeres de las aguas: me habían dicho que ni uno solo volvería sino el capellán; por esto traté de darle muerte. »

Voló esta noticia de compañía en compañía. Más de un fuerte héroe tornóse sombrío, pues tenían cuidado por la terrible muerte que habían de recibir en aquel país; terrible desgracia tenía que ser aquella.

El río lo habían pasado por cerca de Moerigen, donde el batelero de Else había perdido la vida. Hagen dijo: « Por cuanto yo me he conquistado enemigos en el camino, aquí estoy seguro que nos detendrán. Yo maté al barquero esta mañana temprano, sabedlo. Estemos prevenidos, y si Gelfrat y Else quieren atacar nuestro acompañamiento, les ocurrirán negras desgracias. »

« Yo sé que son muy fuertes y que no esperarán mucho. Por esto haced que vuestros caballos vayan despacio para que nadie pueda pensar que huimos de esos señores. »

« Quiero seguir ese consejo » contestó el joven Geiselher. « ¿Quién guiará nuestro acompañamiento por este país? » Le contestaron: « Volker lo hará, pues conoce los caminos y los atajos este hábil músico. » Antes que acabaran de decir esto, lo vieron armado.

El músico se ajustó su yelmo; hermosos colores tenía su traje de batalla. En el extremo de su lanza fijó una banderola roja; después se halló con el rey en una horrible desgracia.

Había llegado hasta Gelfrat la noticia de la muerte del

barquero; también lo había sabido Else el fuerte y ambos sentían gran pesar. Convocaron á sus héroes y bien pronto estuvieron dispuestos.

Pasado poco tiempo, quiero contároslo, se vieron caminar hacia ellos terribles compañías, que habían realizado prodigios en crueles guerras: próximamente unos setecientos hombres ó más rodearon á Gelfrat.

Cuando se dirigieron al encuentro de sus furiosos enemigos, iban guiados por sus señores, y querían atacar enseguida á los audaces extranjeros. Muchos de los amigos parecieron.

Hagen de Troneja lo arregló así (¿de qué modo un caballero hubiera podido defender mejor á sus amigos?) Por la noche el mismo hacía la guardia con sus hombres y su hermano Dankwart; todos lo hacían con gusto.

Había pasado el día sin alegría ninguna. Él temía peligros para sus amigos, y á cubierto de sus escudos caminaron por el Baierland: á poco tiempo los héroes fueron atacados.

Por ambos lados del camino y por detrás de donde se hallaban, escucharon pisadas de caballo; los enemigos avanzaban con rapidez. El fuerte Dankwart dijo: «Aquí quieren atacarnos; ajustaros los yelmos, seguid mi consejo.»

Hicieron alto en el camino como convenía hacerlo; veían brillar en las tinieblas los bruñidos escudos. No quiso guardar silencio por más tiempo el señor Hagen: «¿Quién nos persigue así en el camino?» A esto debía contestarle Gelfrat.

El margrave del Baierland le respondió: «Buscamos á nuestros enemigos y hemos corrido detrás de ellos. No sé quién ha matado á mi barquero, que era mi héroe distinguido; por esto siento gran pesar.»

Así le dijo Hagen de Troneja: «¿Era vuestro el barquero? Él no quería pasarnos; toda la culpa es mía, yo maté al guerrero, pero me ví obligado, pues casi recibí de su mano una terrible muerte.»

«Le ofrecí en recompensa oro y vestidos para que nos pasara á vuestro país, señor. Por esto se irritó tanto, que me hirió con un fuerte remo: por esto se excitó mi furia.

«Saqué mi espada y me defendí de sus ataques, haciéndole una profunda herida: murió aquel hombre valiente, pero dispuesto estoy á dar la compensación que se me exija por su pérdida.» Comenzaron á disputar unos y otros; los ánimos estaban agitados.

«Bien sabía», contestó Gelfrat, «que si alguna vez pasaba por aquí Gunter, la mano de Hagen nos haría daño. Pero no se escapará con vida: de la muerte del barquero, debe responder ese héroe.»

Hagen y Gelfrat embrazaron las lanzas por debajo de los escudos con objeto de poder atravesar á su enemigo. Ambos deseaban la muerte del adversario. Dankwart y Else se lanzaron el uno contra el otro y probaron su valor; aquel fué un combate furioso.

¿Cuándo fuertes guerreros se han batido de mejor manera? De un fuerte golpe del brazo de Gelfrat, Hagen fué sacado del caballo. Las correas se rompieron y pudo saber lo que era un combate.

Desde lejos se escuchaba el ruido de las lanzas de sus hombres. Hagen, arrojado violentamente por tierra, se levantó sintiendo que su furor se redoblaba contra Gelfrat.

No he podido saber quien tenía sus caballos. Hagen y Gelfrat se veían allí de pié sobre la arena. Se arrojaron el uno sobre el otro. Los compañeros se mezclaron en una horrible lucha.

Tan grande fué la rabia de Hagen al acometer á Gelfrat, que el noble margrave perdió una parte de su escudo,

saltaban chicas y el vasallo del rey Gunter estuvo próximo á perder la vida.

Gritó á Dankwart en alta voz: «¡Acude, querido hermano! un atrevido y fuerte hombre me ha asaltado: no me dejará con vida.» El fuerte Dankwart le contestó: «Allá voy á separaros.»

Voló hacia ellos el héroe y esgrimiendo su acerada espada lo mató de un golpe. Else hubiera querido vengarle, pero él y su acompañamiento tuvieron que retirarse derrotados.

Su hermano estaba muerto, él mismo herido; más de ochenta de sus héroes yacían en tierra víctimas de horrible muerte: ante los hombres de Gunter el jefe tenía que huir por el camino.

Los del Baierland, al separarse del camino, dejaban oír aún fuertes golpes. Los de Troneja fueron á perseguir sus enemigos que no querían morir y huían con precipitación.

Así dijo entonces el héroe Dankwart: «Vamos á seguir nuestro camino y dejemos que se vayan; están bañados en sangre. Reunámonos con nuestros amigos; tal es mi consejo.»

Cuando volvieron á pasar por donde se había dado la batalla, dijo Hagen de Troneja: «Héroes, veamos aquí quién nos falta ó á quiénes hemos perdido en este combate por la cólera de Gelfrat.»

Habían perdido á cuatro de los suyos; los lloraron con razón aunque estaban bien vengados, pues allí, de los del Baierland, había más de cien muertos; los escudos de los de Troneja estaban húmedos y rojos por la sangre.

La luna luminosa comenzó á asomar entre las nubes; Hagen dijo: «Nadie diga á mi querido señor lo que aquí ha sucedido: dejémosle hasta mañana sin ningún cuidado.»

Los que habían tomado parte en el encuentro los seguían, pero con fatiga: «¿Cuánto tiempo tendremos aún que caminar?» preguntaron algunos hombres. El fuerte Dankwart les contestó: «Nosotros no tenemos por aquí alojamiento ninguno.

«Es menester seguir el camino hasta que sea de día.» Volker el atrevido, que cuidaba del acompañamiento, preguntó al mariscal: «¿Á donde llegaremos hoy? ¿donde podrán reposar nuestros caballos y mi querido señor?»

(CONTINUARÁ)



JIMENEZ & LAMOTHE

**OLD BRANDY
COGNAC**
PURO DE VINO



**MALAGA
MANZANARES**

DE
VENTA
EN
TODAS
PARTES

SUN
LIFE ASSURANCE
SOCIETY LONDRES

Gerente
Secretario
G. LINNELL

ESTABLECIDA EL AÑO
1810

SOCIEDAD DE SEGUROS
SOBRE LA VIDA

CALENDARIO PARA
EL AÑO 1900
OBSEQUIO
DEL
SUN

DIRECTOR GENERAL
ERNEST NOBLE
PARA ESPAÑA Y PORTUGAL
BARCELONA

PLAZA D' CALDERS

LA CATALANA
Sociedad de Seguros

CONTRA INCENDIOS
BARCELONA

GARANTIAS
Personas 1.000.000
Bienes SEGUROS
Personas 700.000.000



EMPICIOS PROPIEDAD DE LA COMPAÑIA EN BARCELONA

Almanaque para 1898
LA CATALANA
Sociedad de Seguros contra Incendios

Ronda de Cataluña 53 y Cortes

OBRAS COMPLETAS
DE
PEREDA, D. José María

De la Real Academia Española

Se venden á 4 ptas. cada tomo en Madrid y Santander, y á 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

- | | |
|--|--|
| 1. Los hombres de pro,
<i>con el retrato del autor y un estudio crítico sobre sus obras, por D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.</i> | 8. Bocetos al temple.
Tipos trashumantes. |
| 2. El buey suelto... | 9. Sotileza. |
| 3. Don Gonzalo González de la Gonzalera. | 10. El sabor de la tierra. |
| 4. De tal palo, tal astilla. | 11. La puchera. |
| 5. Escenas montaňesas. | 12. La Montálvez. |
| 6. Tipos y paisajes. | 13. Pedro Sánchez. |
| 7. Esbozos y rasguños. | 14. Nubes de estio. |
| | 15. Peñas arriba. |
| | 16. Al primer vuelo. |

— FUERA DE LA COLECCIÓN —

PACHÍN GONZÁLEZ, *Madrid, 1896. Un tomo en 8.º, 3 pesetas*

TIPOS TRASHUMANTES, *edición elegantemente ilustrada. Un tomo en 4.º, 5 pesetas*

DISCURSOS
leídos por los Sres. Menéndez y Pelayo, Pereda y Pérez Galdós, ante la Real Academia Española, en las recepciones públicas verificadas los días 7 y 24 de Febrero de 1897. Un tomo en 8.º, 2 pesetas